

establecer la armonía entre la autoridad y el pueblo, procura que la nación llegue á parecerse á la familia.

Ya vemos, señores, que la sociedad doméstica, con sus tres elementos constitutivos, que son el padre, la madre y el hijo, es decir, el que manda, el que obedece y el que se consagra al bien de entrambos, es el tipo mas sublime y perfecto de la vida social. Cuanto mas se aproximen los gobiernos á cimentar, como en la familia, una autoridad donde no alcancen las discusiones, donde la obediencia sea perfecta, y el ministerio tenga por objeto el bien comun, mas perfecta será la sociedad. Y cuanto mas procure la familia conservarse fiel á su mision, perfeccionando estos tres elementos de su vida, tanto mas preparará para el porvenir nuevas generaciones y las llevará hácia el verdadero progreso. La familia formada de este modo es la sociedad en su principio; es el aprendizaje de la vida que crece en el hogar doméstico para desarrollarse en la patria. Cuando la vida de familia ha crecido segun el modelo eterno que hemos presentado, imprime á los hijos de la familia, que acaban por ser los hijos de la patria, un signo que les distingue y una gloria que los ilustra, es decir, les infunde una mezcla exquisita de respeto, obediencia y amor, perfeccionada por ese toque perfecto que imprime la religion en todas las cosas santas. Nada es mas fácil que gobernar á esos hijos bien educados que juzgan muy natural hacer en la sociedad pública lo que han hecho siempre en la sociedad doméstica, que es: amar, obedecer y respetar. Estos son los verdaderos hijos de la patria, porque son los verdaderos hijos de la fa-

milia; y serán, más que la gloria y la honra de la sociedad, su apoyo, su defensa.

III.

Hablarémos, señores, de la tercera relacion que tienen entre sí la patria y la familia. Hemos visto ya que la primera tiene en la segunda el principio y el modelo; ahora probaremos que ella constituye su verdadera fuerza y su mas firme baluarte. Ciertamente es que la patria defiende y protege la familia; pero mas cierto es todavía que la familia protege y defiende la patria, porque el amor de la familia, tal como lo ha creado Dios en el corazón humano, es la fuerza mas irresistible de la sociedad, ya contra las invasiones de estranos, ya contra ataques de propios. El primer elemento que requieren los hombres para constituir la fuerza y la defensa de la patria, es, si no nos engañamos, la union con ella por algun interes vivo, como el que siente el sér por la vida. Si entre el hombre y la patria no existe este interes vivo; si no tiene el hombre en su país alguna fibra de sí mismo, por decirlo así, jamas será para él ni una parte de su fuerza, ni una parte de su defensa. En una palabra, lo que forma la fuerza mas poderosa de la sociedad, es el amor sincero de la patria, el patriotismo.

Debemos averiguar ahora cuál es el punto vivo en el hombre, ó en otros términos, el lugar sensible que le une con esta cosa tan dulce y encantadora que se

conoce con el nombre de Patria. ¿De qué modo se desarrolla en las almas el amor de la patria ó el patriotismo? ¡La patria! Tiene esta palabra tantos atractivos para un corazón recto, que cuando se oye pronunciar, todas las fibras del alma se conmueven, y un eco voluntario repite en el corazón, ¡La patria!

¿De dónde nace este encanto sin igual? ¿Qué entendemos por patria, si buscamos en el fondo de esta palabra la verdad de lo que expresa? ¿Es el agua de las fuentes, el cauce de los ríos, la verdura de los prados, el trigo de los campos, el terreno primero sobre el cual hemos empezado á caminar, ó el cielo que por primera vez contemplaron nuestros ojos? Ciertamente, señores, que hasta las circunstancias físicas del lugar en que hemos nacido tienen para el hombre un atractivo indeleble. La alegría de los valles y de las montañas, de las aguas, de las flores y de las sombras de los árboles, y el encanto que producen el aire, el cielo y la luz; los sentimientos que inspiran en el hombre todas estas cosas reunidas y amalgamadas, son los que forman el amor de la patria. Pero en el fondo de todo esto hay un sentimiento más poderoso que los demás, una verdad más seductora que todas las ilusiones, y esta cosa, señores, es la familia. El encanto misterioso que ejerce en nosotros el nombre de patria, proviene de que el nombre de patria significa *paternidad!*

De tal manera penetra la paternidad en la idea de la patria, que le ha dado su nombre: *Terra patria*. ¿Qué quiere decir esto, sino la tierra de nuestros antepasados, el lugar donde han muerto nuestros padres? ¿Por qué, pues, buscar en otra cosa el misterio de esta

palabra? ¡No es cierto que todos los atractivos que nos ofrece la patria, hasta en sus cosas más superficiales, no son otra cosa sino reflejos de algo más profundo que de tal modo nos sedujo en nuestra infancia, que todavía nos seduce en nuestra edad madura? ¡Si el aire natal parece rejuvenecernos con su ligero soplo, es porque nuestro corazón sintió, como una flor de la primavera, los besos matutinos del aire patrio! Por modesta que sea la herencia que nos legan nuestros padres, vale el universo para cada uno de nosotros, porque está impregnada de recuerdos paternales, y en cada uno de ellos sentimos el amor. Si el lugar en que nos nació la cuna, crece en hermosura á nuestros ojos, á medida que nos alejamos de él, y si al separarnos de este mismo lugar, dejamos en él un pedazo de nuestro corazón, es ¡ay! porque en él nos hemos dormido mil veces en el regazo de nuestra madre, es porque al despertar nos ha recibido en él una sonrisa que no veremos ya. Sí, en todas las ilusiones que nos inspira la patria, en todos los recuerdos gratos que conservamos de ella, encontramos algo que nos trae á la memoria á nuestros padres; y hay una voz secreta en el fondo de nuestro corazón que nos dice, que el amor que depositamos en el lugar donde nacimos, nos hace volver los ojos sin cesar hácia él, como si hubiera allí un poderoso imán que los llamara. El amor que le tenemos, proviene de que allí vivió nuestra familia, y tenemos cariño á todo lo que nos la recuerda; este amor, señores, es el amor doméstico, que ha crecido y madurado para convertirse en amor patrio. Si meditamos con detenimiento este asunto, conoceremos que el amor de la patria es un ramal, por decirlo así,

del amor de la familia; que amamos á nuestra patria por el amor que profesamos á nuestros padres, y que el amor que sentimos por ella, brotó naturalmente del amor que nos inspiraron nuestros padres.

Cuando medito acerca de lo que han dicho los que sostienen que el amor de la patria entibia en el hombre el amor de la familia, fundando su aserto en que la esfera doméstica no basta á satisfacer todos los sentimientos del corazón, pregunto, no sin sorprenderme de esas máximas, ¿dónde tendrían el corazón los que así se espresaron? ¿Tendrá menos perfume la flor en el verjel en que nace, que en el lugar donde la trasplantan? ¿Y no necesita el amor de la patria, como todo amor, un lugar donde echar profundas raíces y un punto donde crecer para desarrollarse? ¿Y Dios, que todo lo hace suave y fuerte á un mismo tiempo, no ha podido crear en todos los corazones humanos, como en todas las demas creaciones suyas, un fondo de armonía suave y fuerte á un mismo tiempo, para que siguieran un mismo orden? No, señores, no; no puede haber igualdad entre el amor de la familia y el amor de la patria; y apelo, para probar mi idea, al corazón de todos los hombres, á la sabiduría de Dios y á todos los seres.

Como existe en la familia el legítimo amor de sí mismo, que nace de ella, del amor de la familia nace el amor de la patria, y de éste sin duda el amor de la humanidad: esta es una cadena magnífica que desciende del seno de Dios al través de la creación, para que todos los seres estén adheridos á ella en un mismo equilibrio y en una misma unidad; cadena sublime que fortalece todos nuestros amores legítimos, unién-

dolos entre sí y enlazándolos todos en un centro comun.

Se engañan los que creen que el patriotismo brota entre las ruinas de la familia. Solo una cosa nace entre los escombros de todo lo que es santo y legítimo, y es la barbarie. Si se extinguiera la familia, ó con solo que se secara en los corazones el amor de ella, lo que saldria de su tumba seria un patriotismo salvaje, que, sin mas instinto que el de la destrucción, pasaria al través de la humanidad como un monstruo devorador, no dejando á sus espaldas sino los fragmentos de todas las cosas santas, y mudas las poblaciones ante las ruinas sembradas por la barbarie. Falso será y exagerado, y violento y fanático, y siempre cruel, el patriotismo que no haya brotado de la paternidad. Ah, señores, la patria que se pretende fundar sobre la destrucción de la familia, de la propiedad y de la religion, es ya conocida de nosotros. Esta fingida patria es una divinidad que tiene por sacerdote un verdugo, por altar un cadalso, que adora el terror y ofrece la matanza como sacrificio. Esta es, señores, la patria que nos prepara el socialismo. Y lo que algunos llaman patriotismo sin sonrojarse, no es sino el culto del ídolo sangriento que honraron nuestros antecesores sacrificándole seres humanos!

Ay de nosotros si llegara á entronizarse ese patriotismo feroz, que no es ni la gloria ni el apoyo de la patria, sino la vergüenza y el azote de la sociedad. Si quereis saber dónde se halla el patriotismo verdadero, el patriotismo capaz de proteger é ilustrar á la patria, buscadlo en el hogar doméstico entre esas dos fuentes que son una misma, buscadlo en el corazón de

vuestros padres: dejad que se desarrolle en la familia, que es su atmósfera natural, que crezca y se eleve en defensa de la patria que nos acostumbramos poco á poco á amar como á nuestros padres, y que encontremos siempre allí donde estuvo nuestra cuna. La familia es una patria que está en la patria; es la patria de los recuerdos, de las esperanzas y del cariño; es la patria del corazón. Es la patria misma concentrada en este punto vivo, por el cual permanece el hombre unido á ella con un amor imperecedero. Si por medio de ese lugar donde ha depositado su primer amor, se siente el hombre encadenado á la patria, toma parte en sus desdichas y en sus prosperidades, en sus humillaciones y en sus glorias; ese lugar es el que le identifica, con sus riquezas y sus hijos, con su fuerza y con su valor, con la patria, á cuya protección y defensa se consagra todo entero; ese lugar es el que convierte á cada hombre bien nacido en un soldado, que así en tiempos de paz como en días de guerra, presta los servicios que pueden exigirse de su condición social.

De este modo se siente el hombre encadenado con la patria por medio de la familia, cuyas profundas raíces no bastan á romper ni la persecución, ni el destierro, ni la barbarie. Así se educan y preparan en la sociedad esos heroicos defensores para quienes las dulces palabras de *morir por la patria* no son un grito mentiroso que resuena en los motines, sino un eco de la vida que resuena en el fondo del corazón; es el grito que lanza el héroe que se siente dispuesto á morir por ella, porque le enseñaron á amar y defender hasta morir estas dos cosas santas que se aman junta-

mente con la patria: el altar y el hogar doméstico. ¿Qué quiere decir morir por la patria? Preguntádselo á todos los pueblos, y todos os responderán con el lenguaje del instinto estas palabras que todos los pueblos conciben de una misma manera; morir por el altar y por la familia; *pro aris et focis*. Y si á estas dos cosas tan eminentemente patrióticas agregais la cuna donde mece el hombre á sus hijos, y la tumba donde descansan sus padres, tendréis cuanto une al hombre á la sociedad ligándolo con la familia. Quitad de repente de entre vosotros el hogar doméstico, los altares, las cunas y los sepulcros, y decidme, ¿con qué contaréis para que el hombre se ligue estrechamente con la patria y se consagre todo entero á su defensa? No dispondréis de ningún medio para conseguirlo. Todo lo pierde la patria cuando no cuenta ya con los encantos de que es depositaria, y se convierte en una idea abstracta y helada, incapaz de producir amor y de inspirar el heroísmo de la defensa!

¿Desdichadas de las sociedades donde se multiplican sin cesar las poblaciones que no tienen ni hogares que defender, ni cunas que proteger, ni tumbas que venerar! ¿Ay de ellas si, perdidas todas estas cosas, no conservan todavía un altar! Cuando llegue el día de los grandes acontecimientos que amagan á los pueblos con graves catástrofes, no serán tan numerosos los defensores que encuentre la patria como los peligros que la amenacen; los únicos gritos que lancen los soldados del egoísmo, serán los que hagan resonar en las filas de la revolución, de la cual aumentarán las encrespadas olas; mudos permanecerán los soldados verdaderos de la patria que bebieron en el

corazon de sus padres el noble sentimiento de sacrificar la existencia por defender la tierra que les vió nacer. Entonces comprenderán, porque los desastres serán sus maestros, los infinitos males que deben cosechar las naciones que no hacen de la familia la fuente principal del patriotismo, y del hogar doméstico el baluarte mas firme de la patria!

¿Quereis saber, señores, cuál es el peligro que amenaza incesantemente á esta gran ciudad, donde se fraguan los rayos que retumban en todos los ángulos de Europa? Os lo diré en pocas palabras, señores; la disminucion progresiva del patriotismo, por el aumento incesante de hombres que viven en ella sin familia. Respondedme vosotros todos, que conoceis mejor que yo, todos los misterios de esta moderna Babilonia, y decidme: ¿habeis contado el número inmenso de seres que contiene esta ciudad á quienes nada ó casi nada, ningun lazo les une con la sociedad, uniéndolos con la familia? ¿Podria decirme alguno de entre vosotros cuántos son, entre el millon y medio de habitantes que cuenta esta ciudad, los hogares domésticos en que las familias podrán remontarse hasta la tercera generacion? ¿Dónde está la familia, cuya cadena se rompe en vuestras manos al levantarla? Si á la inestabilidad de familias que se forman y se deshacen de un dia á otro en un cambio incesante, añadís la multitud siempre creciente de hombres que, segun nuestras costumbres, viven aislados como en un desierto en medio de esta multitud, ¿qué dirémos con respecto al progreso, de esta vanguardia de la civilizacion moderna, en la cual desaparece mas y mas la familia, cuando sin ella no puede haber una verdade-

ra civilizacion? En esta gran ciudad donde abunda todo y lo de todas partes, hay una cosa que disminuye todos los dias mas: ¿sabeis lo que es? Pues bien, señores, lo que todos los dias escasea mas en Paris, son los verdaderos parisienses. He aquí la realidad de nuestros tiempos. Y no creais que al pronunciar unas palabras que parecen extravagantes, trato de pintaros exágeradamente una idea falsa. No, señores, no hago con estas palabras una pintura exagerada; me valgo de ellas para lanzar á la patria un grito de alarma. Todos los dias me pregunto con dolor qué será con el tiempo de este centro de la ilustracion, que pierde todos los dias, con el amor de la familia y el culto del hogar, la mejor defensa de la patria?

La defensa de la patria, dije, sin considerar que el hombre que carece de hogar, no solo no es un defensor de la patria, sino que, con algunas escepciones, es un peligro para ella. Nada le une á la patria; ni ama lo pasado por sus padres, ni lo futuro por sus hijos; para él no hay sino lo presente, y casi siempre un presente fatal. Sintiéndose solo en el mundo, se considera aislado en medio de la muchedumbre que le rodea, y con facilidad engendra en su corazon el odio contra la sociedad, á la cual considera causa de su aislamiento. Si el peso de la desgracia le oprime, cree ver en su desgracia la mano de la sociedad, y por esto la aborrece. Desde ese momento su fuerza y su genio, si el genio y la fuerza están con él, ya no son defensores de la sociedad, porque se declaran sus enemigos; no son un escudo pronto á parar los golpes dirigidos contra ella, son la espada que la hiere de frente.

El hombre que tiene familia, está por lo contrario unido á la sociedad por mil lazos diferentes, por sus padres, por su esposa y por sus hijos, ó sea por su pasado, por su presente y por su porvenir. Tiene en su patria tumbas, altares y cunas que defender, y sobre todo, el techo tutelar, bajo el cual se abrigan él y todos los suyos. De pié entre sepulcros que le son tan sagrados y cunas que le son tan queridas, entre el hogar en que amó á sus padres y el altar en que adoró á su Dios, espera con el arma al brazo, el orgullo en el rostro y el amor en el corazón, espera tranquilo toda barbarie amenazadora: ya sea la barbarie exterior, traída por la fuerza brutal para atacar á la civilización, ó bien la barbarie interior, nacida de la misma civilización y pronta á devorar á su propia madre. Si perece en la lucha, muere feliz acostado en el suelo de su hogar, porque sabe que su cadáver servirá á la patria como una piedra del baluarte de su defensa; y escribirá con su sangre, sobre las ruinas amontonadas por los bárbaros, estas palabras que yo quisiera grabar con mi acento y para siempre en el fondo de vuestras almas: La familia, que es la fuente y el tipo de la sociedad, es mas que todo para ella su brazo fuerte y su mejor espada; y por el amor que le inspira el hogar doméstico, es el mas firme baluarte para la patria.

Tal es en resúmen el fundamento sólido, sobre el cual levantamos nuestro edificio del progreso: la sociedad doméstica, principio, modelo y fuerza de la sociedad pública. He aquí la consecuencia precisa que brota de las verdades que acabamos de esponer para todo el que esté dotado de alguna inteligencia:

Para crear la patria, es fuerza crear la familia, porque ensalzar la familia, es ensalzar la patria; salvar la primera, es salvar la segunda: en una palabra, perfeccionar la familia, es preparar el progreso del mundo, que nace del hogar doméstico para florecer en la sociedad y brillar en la historia.